

¿A quién no le gusta estrenar trajes nuevos? ¿Pero quién desconoce las molestias de las pruebas? El rey Tut-ankh-amen tenía el problema resuelto. Un maniquí de su misma talla servía para que sastres y joyeros probaran sobre él las vestiduras y joyas que habían de engalanar al Faraón.



La tumba de Tut-ankh-amen no fue del todo de saqueadores. Unos quince años después de ser enterrado entraron los ladrones en su tumba. Afortunadamente, sólo tuvieron tiempo y espacio para robar algún pequeño objeto. De la prisa con que cometieron sus robos dan muestra estas sortijas de oro macizo, envueltas en un lienzo, que se dejaron tiradas en un rincón de la antecámara.

Respaldo del trono. Magnífica pieza trabajada en oro y materias preciosas. Representa una escena familiar en uno de los salones del palacio. El rey está sentado en una silla con un cojín. El brazo sobre el respaldo demuestra la ausencia de protocolo del momento. La silueta infantil y graciosa de la reina, de pie delante de él. Esta tiene un pomó de esencia en una mano, y con la otra unge el hombro del esposo. Las dudas religiosas del tiempo pueden leerse en la manera de representar el sol, que entra en la habitación por un hueco del techo.

Después de la entrada de los ladrones en la tumba, los guardianes o servidores del palacio ordenaron apresuradamente los objetos que aquéllos desbarataran, antes de sellar de nuevo la tumba. El desorden y la falta de celo de aquellos servidores dificultaron la labor de los descubridores. Los objetos, amontonados de cualquier manera, necesitan de gran paciencia e ingenio para su reconstitución. Así, este precioso collar, tal como se encontró tirado sobre la tapa de un cofre y después de ser reconstruido.



Puede haber algo más airoso y más gracioso y ágil que esta silla de reposo? Está toda ella labrada en ébano. Según costumbre egipcia, no tiene cabecera, pero sí una tabla labrada a los pies. Esta silla fue ejecutada en ébano, marfil y representa los dioses tutelares de la casa.



Momento de intensa emoción, en que los descubridores abren la puerta sellada de la cámara mortuoria y empieza a verse el brillo deslumbrador del gran sarcófago exterior, todo dorado, en cuyo interior se hallan otros sarcófagos y cofres, hasta llegar, al fin, a la cámara momia del Faraón. Los objetos de estas pequeñas habitaciones, una vez restaurados y armados, ocupan inmensas salas del Museo de El Cairo.